

Benamahoma celebraba su Fiesta de Moros y Cristianos el 13 de junio, día de San Antonio, Patrono de la aldea. Últimamente ha sido trasladada al primer domingo de agosto por ser esta fecha más favorable, dado el estado avanzado de la recogida de los cereales y de las labores del campo, y por no coincidir con la fiesta del vecino pueblo de El Bosque, que tiene también como Patrono a San Antonio.

El origen de la fiesta de Benamahoma es, prácticamente, desconocido. Los más ancianos dicen que la fiesta se ha celebrado siempre; es curioso, sin embargo, hacer notar que en ningún otro pueblo de la serranía de Cádiz se celebra. La fiesta se desarrolla del modo siguiente: por la mañana del primer día se dice una misa en la ermita de San Antonio, situada en la parte más alta del pueblo; acto seguido se saca procesionalmente el Santo, que es, como hemos dicho, el Patrón de la aldea. La procesión no puede ser más modesta: un estandarte, un paso pequeñito, como la imagen, que los hombres llevan cogidos por las andas, y unos músicos.

Desde la salida, delante de la procesión y en servicio de descubierta, van los cristianos protegiendo la imagen. Los moros esperan emboscados. Muy cerca de la explanada de la ermita y al comenzar la calle de San Antonio, tiene lugar el primer encuentro. Los cristianos, al frente de la procesión, van desde su comienzo gritando como en ojeo: "¡Cobardes! ¿Dónde estáis? Salid, traidores; no esconderos, gallinas...", etc. En el primer encuentro los moros surgen de repente saliendo de los lugares en que estaban emboscados; se empeña la lucha; gritos, denuestos, insultos... Los capitanes de ambos bandos se adelantan, cruzan los sables, se baten, luchan cuerpo a cuerpo, animados por los gritos de aliento de los suyos, caen abrazados; entonces gritan: "¡Hijos míos, ayúdame!" Y las escopetas de ambos bandos disparan al aire. Los moros han quedado vencedores y son los que marchan ahora delante del Santo defendiéndolo.

Los cristianos que van delante de ellos en retirada les gritan: "Antes peleabais por matarlo y ahora por defenderlo"; las voces de los dos bandos son ensordecedoras: "¡Mío, mío!", gritan en triunfo los poseedores del Santo; y unos y otros mezclan los gritos de reto con los más feroces y enconados insultos.

Ya ambos grupos no pierden el contacto durante todo el recorrido que se hace por toda la calle de San Antonio; pero cada 40 ó 50 metros, son trechos convencionales, repiten la lucha en la forma descrita haciendo lo que ellos llaman "guerrillas", que terminan con las descargas de los dos bandos en poder de los cuales va quedando, alternativamente, el Santo.

Asimismo continúan el recorrido por parte de la calle Real, y a la mediación de ésta, en la plaza del pueblo, se dan por terminadas las guerrillas, quedando, como primer día, el Santo en poder de los moros, que lo han ganado. Ese día no vuelve el Santo a su ermita; se tiene dispuesta una casa particular y allí se coloca y queda guardado hasta el día siguiente. Precisamente esta costumbre y tal vez los abusos e irreverencias que se cometían con las imágenes en otros pueblos determinó la orden de prohibición de la fiesta durante algunos años, rigiendo la diócesis de Sevilla el cardenal Spinola.

Cuando, terminadas las "guerrillas", el paso de San Antonio se ha colocado en la plaza en espera de ser trasladado a la casa designada, los dos bandos de moros y cristianos van haciendo prisioneros a



El bando "cristiano".

to de la procesión para que cada uno, con arreglo a sus posibilidades y voluntad, vaya pagando su rescate; limosna que es invertida en ayudar a los gastos que ocasionan los festejos y en la compra de lo que se precise para la ermita.

Al día siguiente se celebra también la misa en la ermita y al final de ella van a recoger el Santo al sitio donde quedó el día anterior, y del mismo modo, haciendo diversas guerrillas, recorren la otra parte de la calle Real para regresar al templo por la del Marqués de Estella. La última guerrilla tiene lugar en el mismo sitio en que se había celebrado el día anterior la primera, quedando ya el Santo en poder de los cristianos que, al fin, lo han ganado. Lo entran en su templo y con ello concluye la Fiesta de Moros y Cristianos.

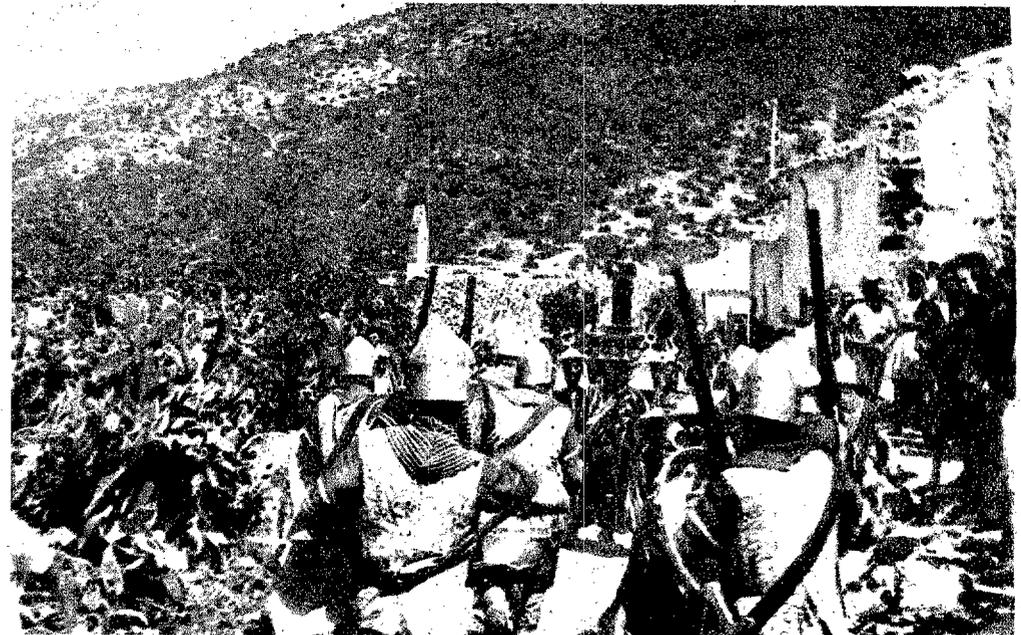
Cada bando está compuesto por un capitán y un número variado de soldados. Ni los cargos de los capitanes ni los de los soldados se vinculan a individuos determinados; los que intervienen en la organización de las fiestas los designan cada año. Las indumentarias eran las más variadas, predominando la adaptación de prendas de vestir que tuvieran alguna seme-

janza con la de los moros; los cristianos solían ir en mangas de camisa. En la indumentaria de los "moros" solían verse prendas de uniforme de fuerzas indígenas, influencia de nuestras campañas de pacificación marroquí.

Este año 1959, como se apreciará en las fotografías, la indumentaria ha sido más cuidada y, por lo tanto, la fiesta ha tenido más brillantez. Todo hace esperar que, si se cuidan, estas fiestas tengan un interés en la región, por otra parte, de tantos atractivos turísticos por sus bellezas naturales.

A diferencia de lo que suele suceder con la generalidad de estas fiestas de "Moros y Cristianos", la de Benamahoma no tiene "Parlamento" (diálogo, generalmente en verso, entre los dos capitanes). Se dice que alguna vez existió, pero, sin duda, ha ido poco a poco desapareciendo; hoy, como hemos apuntado, los denuestos, las imprecações y los gritos de guerra son improvisados y ocasionales. También, en este aspecto, cabe esperar un renacimiento de estas fiestas típicas de Benamahoma.

Tomás GARCIA FIGUERAS



Los "cristianos" atacan. (Fotos Pínto.)